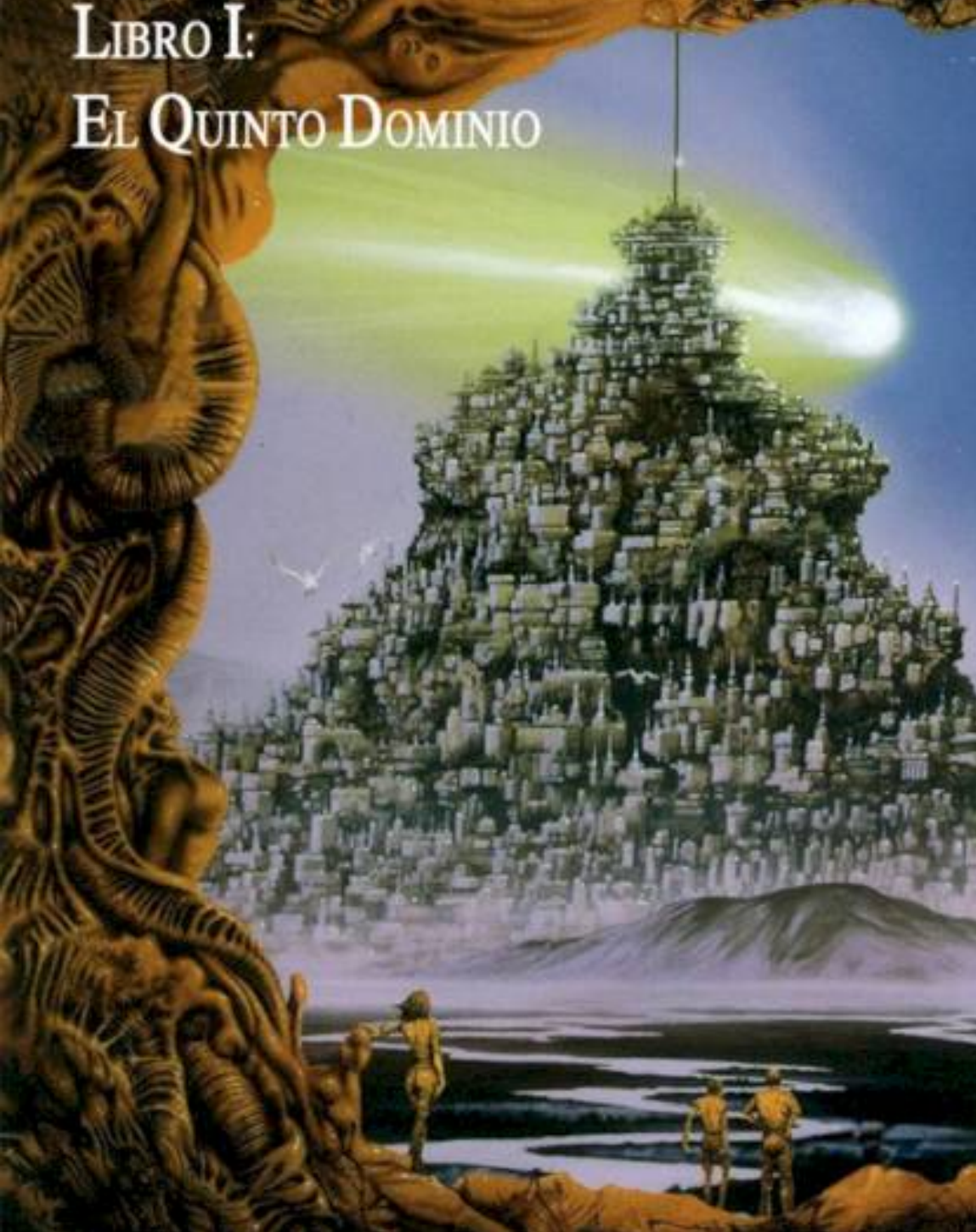


CLIVE BARKER IMAJICA

LIBRO I:

EL QUINTO DOMINIO



John Furia Zacharias, alias «Cortés», experto falsificador cuya vida se ha convertido en una sarta de mentiras; Judith Odell, cuyo poder para dominar a los hombres es mayor de lo que ella misma cree; y Pai'oh'Pah, un misterioso asesino procedente de otra dimensión, se ven envueltos en una compleja trama situada en Imajica. Un universo poliédrico y oscuro, regido por leyes más allá de nuestro conocimiento; lejano pero, a la vez, a nuestro alcance. Una historia donde el erotismo y la pasión se entrelazan con el terror y la ambición.

Clive Barker, uno de los autores más aclamados del mundo, logra con Imajica una de sus obras más ambiciosas. La novela reúne todos los ingredientes del mejor Barker —fantasía, terror y misterio— en una combinación perfecta que colmará las expectativas del lector más exigente.

Ilustraciones

CELESTINE
CONCUPISCENCIA
CUNA DEL CHZERCEMIT
GEK-A-GEK
PICTOGRAMA (GLYPH)
IN OVO
DESCANSITO (LITTLE EASE)
NULLIANAC
OETHAQUES
EL RETIRO
LOS JUSTICIEROS
LAS HERMANAS DEL DELTA
EL INVISIBLE (THE UNBEHELD)
VANAEPH
YZORDDERREX
ZARZI

Prefacio

No dejamos de mirar hacia atrás una y otra vez en busca de razones; escudriñamos el pasado con la esperanza de descubrir algún fragmento de una explicación que nos ayude a comprendernos mejor, tanto a nosotros mismos como a nuestras circunstancias.

Para los psicólogos, esta búsqueda se produce quizás a raíz del acoso de un dolor básico. Para los físicos, no es más que un rastreo en busca de evidencias de la Primera Causa. Para los teólogos, por supuesto, es una cruzada para buscar las huellas de Dios en la Creación.

Y para un cuentacuentos (particularmente para un fabulista, un escritor de «fantásticos» como yo) muy bien puede tratarse de una búsqueda de las tres cosas a la vez, motivada por la vaga sospecha de que están relacionadas inextricablemente.

Imajica fue un intento de urdir estas búsquedas en una sola narración, de plegar mis escasos conocimientos de este trío de disciplinas (psicología, física y teología) en una aventura interdimensional. La novela resultante es caótica, no cabe duda. El libro es, sencillamente, demasiado complicado y demasiado heterogéneo para el gusto de algunos. Para otros, sin embargo, la absurda ambición de *Imajica* forma parte de su encanto. Estos lectores perdonarán la poca elegancia de la estructura de la novela y considerarán que, a pesar de que tiene sus caminos duros y sus callejones sin salida, el viaje merece la pena después de todo.

Mis editores, en cambio, se enfrentaron a un problema más práctico a la hora de preparar el libro para su edición

de bolsillo. Si no se quería que el volumen pesara tanto que derribara la estantería, el tamaño de la letra debía reducirse de tal manera que muchas personas, entre las que me incluyo, lo considerarían muy por debajo del ideal. Cuando recibí los ejemplares para el autor, se me vino a la cabeza una Biblia de tamaño bolsillo que mi abuela me regaló cuando cumplí los ocho años, en la que las palabras estaban comprimidas de forma tan densa que los renglones bailaban ante mis saludables ojos. Aquella no fue (tengo que admitirlo) una asociación muy desagradable, ya que las raíces de la extraña florescencia de *Imajica* provienen de la poesía de Ezequiel, Mateo y el Apocalipsis; sin embargo, tenía plena consciencia, al igual que mis editores, de que el libro no era todo lo cómodo para el lector que nosotros deseábamos que fuese.

Y de esas tempranas inquietudes nació esta nueva edición en dos volúmenes. Tengo que admitir con toda honestidad que el libro no fue creado para publicarse de esta manera. El lugar que hemos elegido para dividir la historia carece de cualquier significado particular; se limita a partir el texto por la mitad, más o menos: un sitio en el que se puede dejar un tomo y, si la historia ha obrado su magia, coger el siguiente. Aparte de un tamaño de la letra mayor y de la adición de estas palabras a modo de explicación, la novela ha permanecido intacta.

Personalmente, nunca me han importado demasiado los detalles de una edición u otra. Si bien resulta muy agradable pasar las páginas de un libro hermosamente encuadernado e impreso de forma inmaculada sobre un papel libre de ácidos, lo que importa son las palabras. La primera copia de los relatos de Poe que cayó en mis manos fue una edición de bolsillo con una cubierta demasiado dorada; y lo mismo sucedió con *Moby Dick*. *Sueño de una noche de verano* y *La duquesa de Malfi* son libros que aparecieron en primer lugar como manoseadas ediciones escolares. No tenía la más mínima importancia que estuvieran impresas en

papel burdo y manchado. Su potencial no se vio deslucido en absoluto. Yo tengo la esperanza de que ocurra lo mismo con la narración que sujetas entre las manos en este mismo momento: que la forma en la que se presenta sea finalmente irrelevante.

Una vez aclarado ese asunto, permite que te demore un poco más con unos cuantos pensamientos acerca de la historia en sí. Durante las firmas de libros y convenciones, me han hecho numerosas preguntas acerca del libro, y este parece un lugar tan bueno como cualquier otro para responderlas brevemente.

En primer lugar está la pronunciación. *Imajica* está plagada de nombres y términos inventados, algunos de los cuales son verdaderos trabalenguas: Yzordderrex, Patashoqua y Hapexamendios entre ellos. No existe ninguna regla que dicte cómo deben deslizarse, o salir a trompicones, de la boca. Después de todo, provengo de un país bastante pequeño en el que se puede atravesar un pequeño grupo de colinas y descubrir que, al otro lado, la gente utiliza el lenguaje de una forma totalmente distinta a las personas con las que se acababa de hablar pocos minutos antes. Esto ni es positivo ni negativo. El lenguaje no es un régimen fascista. Cambia de forma constantemente y desafía sin el menor esfuerzo cualquier intento de confinamiento o regulación. Si bien es cierto que tengo una pronunciación propia para las palabras que he utilizado en el libro, incluso estas sufren variaciones cuando, como ya ha ocurrido en varias ocasiones, me encuentro con personas que las pronuncian de una manera más interesante. Un libro pertenece por igual a sus lectores y a su autor, por eso te invito a que busques el sonido que más te guste y lo disfrutes.

La otra cuestión que me gustaría explicar es la motivación que me llevó a escribir esta novela. Por supuesto, una cuestión semejante no tiene una explicación sencilla, pero te proporcionaré todas las pistas que pueda. En primer lugar, siempre he sentido interés por la idea de las dimensio-

nes paralelas y la influencia que puedan ejercer sobre la vida que llevamos en este mundo. No me cabe la menor duda de que la realidad que ocupamos es solo una de muchas, de que dar un paso a un lado podría llevarnos a un lugar diferente. Tal vez, nuestras vidas también discurran en esas otras dimensiones, modificadas en parte o por completo. O, tal vez, esos otros lugares nos sean totalmente ajenos: pueden ser reinos donde moren los espíritus, tierras de leyendas o infiernos. Puede que todo a la vez. *Imajica* es un intento de crear una narración que explore dichas posibilidades.

También trata sobre Cristo. A la gente no deja de causarle asombro que la figura de Jesús sea de vital importancia para mí. Echan un vistazo a *The Hellhound Heart* o a cualquiera de las historias que se incluyen en *Los libros de sangre* y me toman por un pagano que contempla el cristianismo como una mera distracción que nos hace olvidar las nociones del sufrimiento y la muerte. Esta observación encierra algo de verdad. Desde luego que los cánticos hipócritas y los dogmas sarcásticos de las religiones jerarquizadas me parecen grotescos y, en numerosas ocasiones, inhumanos. Tomemos el Vaticano como ejemplo, que se preocupa más de la autoridad que ostenta que del planeta y del rebaño que lo habita. Sin embargo, los retazos mitológicos que aún son visibles bajo capas y capas superpuestas a lo largo de los siglos por los juegos de poder y los rituales (como la historia de la crucifixión y resurrección de Jesús o la del sanador que caminó sobre las aguas y resucitó a Lázaro) me impresionan mucho más que cualquier otra historia que haya escuchado jamás.

Encontré a Jesús de la misma manera que encontré a Dionisio o al Coyote, a través del arte. Blake me lo mostró; como también lo hicieron Bellini y Gerard Manley Hopkins, junto con decenas de otros artistas, y cada uno me ofrecía su interpretación particular. Desde entonces, quise encontrar la manera de escribir sobre Jesús con mis propias pala-

bras; de desplegar su presencia en una historia salida de mi imaginación. Una tarea que resultó ardua. La mayor parte de la literatura fantástica bebe de la inspiración que ofrece el mundo anterior al cristianismo; la obtiene de las hadas, la Atlántida o los sueños de criaturas del ocaso celta que jamás conocieron la comunión. Por supuesto, no hay nada de malo en ello, pero siempre me ha planteado la duda de si esos autores no se obstinaban por negar sus raíces cristianas, ya fuera por frustración o desengaño. Al no haber recibido una educación religiosa, carezco de dicho desengaño: la figura de Cristo me atrajo del mismo modo en que lo hicieran las de Pan o Shiva, porque las historias e imágenes me ilustraban y enriquecían. Cristo, después de todo, es la figura principal de la mitología occidental. Quería tener la sensación de que mi panteón particular podría darle cabida, de que mis invenciones no eran demasiado débiles como para derrumbarse bajo el peso de su presencia.

También espoleaba mi motivación el deseo de arrebatarse este misterio, el más complejo y contradictorio de todos, de las avaras manos de aquellos hombres que lo habían reclamado como propio en los últimos tiempos, sobre todo en Estados Unidos. Hombres como Falwell y Robertson, que predicán piedad y muestran odio, utilizando la Biblia para justificar sus tramas en contra de nuestros propios descubrimientos. Jesús no les pertenece. Y me apena que un gran número de personas imaginativas se hayan dejado persuadir por ese tipo de afirmaciones y hayan dado la espalda al conjunto del misticismo occidental en lugar de reclamar la figura de Cristo como propia. En una ocasión dije durante una entrevista (y lo dije muy en serio) que el Papa, o Falwell, o miles de individuos más, podían afirmar que Dios les hablaba, les daba instrucciones o los hacía partícipes de su Gran Plan, puesto que el Creador también me habla a mí igual de alto y con la misma convicción, pero a través de las ideas que Él, Ella o Ello siembra en mi imaginación.

Dicho esto, debo confesar que cuanto más avanzaba en la escritura de *Imajica*, más me convencía de que llegar a su fin no dependía en absoluto de mí. Jamás me he sentido tan tentado de abandonar una historia como me ha sucedido con este libro. Jamás he dudado tanto de mi capacidad de narrador, ni me he sentido tan perdido o asustado. Y, en la misma medida, jamás había estado tan obsesionado. Acabé tan inmerso en la narración que durante varias semanas, ya cerca de la finalización del proyecto original, me invadió una especie de locura. Solía despertarme tras haber soñado con los Dominios y, de inmediato, me sentaba a escribir sobre ellos hasta que me arrastraba de nuevo a la cama. Mi sencilla vida —la escasa que tenía— acabó siendo monótona y trivial en contraste con lo que me estaba sucediendo (tal vez debiera decir «lo que le estaba sucediendo a Cortés», pero me refiero a mí mismo) a medida que realizábamos el peregrinaje que nos llevaría hasta la revelación. No es casualidad que acabara el libro mientras realizaba los preparativos para mudarme de Inglaterra a listados Unidos. Cuando comenzaba las últimas páginas del libro, mi casa de la calle Wimpole ya estaba vendida y todos sus enseres habían sido empaquetados y enviados a Los Angeles, de modo que todo aquello que solía proporcionarme sensación de bienestar había desaparecido de mi lado. De algún modo, era la situación perfecta para acabar la novela: al igual que Cortés, me embarcaba en una vida totalmente distinta y, al hacerlo, dejaba atrás el país en el que había pasado cuarenta años de mi vida. En cierto sentido, *Imajica* se convirtió en un compendio de lugares conocidos y amados por mí: Highgate y Crouch End, donde había pasado más de una década escribiendo obras de teatro, historias cortas y, en último lugar, *Sortilegio*; Central London, donde viví durante una corta temporada en una magnífica mansión georgiana. En las páginas, describí los veranos de mi infancia y mis fantasías aristocráticas. Vertí mi amor sobre un peculiar Apocalipsis acaecido en Inglaterra: las visiones

de Stanley Spencer, John Martin y William Blake, sueños de una resurrección doméstica y de la imagen de Cristo en la puerta de casa durante una mañana de verano. Refleje la calle Gamut en Clerkenwell, un lugar que siempre me había obsesionado. Las escenas que narran el regreso de Cortés están localizadas en South Bank, lugar donde pasé incontables y maravillosas noches. En resumen, el libro se convirtió en el modo de despedirme de Inglaterra.

No deseando la posibilidad de regresar algún día, por supuesto, pero de momento, rodeado por la bruma y el sol de Los Angeles, me parece un mundo muy distante. Es extraordinario el modo en que acabas dividido cuando has crecido en un país y lo abandonas por otro. Para un escritor como yo, mucho más preocupado por los viajes hacia lo desconocido y por la melancolía y las dichas que proporcionan, el cambio ha demostrado ser una experiencia educativa.

Espero que estas líneas autobiográficas iluminen la historia que sigue a continuación, como también espero que parte de los sentimientos que me impulsaron a escribir esta novela permanezcan contigo cuando llegues a la última página. Cristo e Inglaterra no han abandonado mi corazón, por supuesto —y jamás lo harán—, pero escribir sobre un tema concreto crea una magia especial. Magnífica las pasiones que han inspirado la historia y, una vez el trabajo está concluido, las entierra; las aleja de la vista y de la mente para permitir que el escritor pueda trasladarse. Sigo soñando con Inglaterra de vez en cuando, y hace poco escribí acerca de Jesús caminando sobre las aguas de la metafísica en *Everville*, cuando le dice a Tesla Bombeck que «las vidas son las hojas del árbol de la historia». Pero jamás volveré a experimentar los mismos sentimientos que me acompañaron mientras escribía *Imajica*. Esas emociones tan especiales han desaparecido entre sus páginas para ser redescubiertas por cualquiera que desee encontrarlas. Si te apetece hacerlo, conviértelas en algo tuyo.

Clive Barker, *Los Angeles*, 1994.

Capítulo 1

La lección esencial de Pluthero Quexos, el más famoso dramaturgo del Segundo Dominio, afirmaba que en cualquier obra de ficción, sin importar lo ambicioso que fuera su propósito o la profundidad de su temática, solo había sitio para tres actores. Entre dos reyes que están en guerra, un pacificador; entre dos cónyuges que se adoran, un seductor o un niño. Entre gemelos, el espíritu de la matriz. Entre amantes, la Muerte. En el drama podrían aparecer muchos, por supuesto —miles, en realidad—, pero solo servirían como fantasmas, agentes o, en raras ocasiones, como reflejos de los tres seres reales y obstinados que constituían el centro de la trama. Y así sería incluso en el caso de que este trío básico no permaneciera intacto; o eso era lo que él enseñaba. El número podía menguar de forma continua a medida que se desarrollaba la historia: tres que se convierten en dos y dos que se convierten en uno, hasta que el escenario se quedaba vacío.

Ni que decir tiene que este dogma generaba bastante controversia. Los escritores de fábulas y comedias eran particularmente escandalosos a la hora de manifestar su desprecio y de recordarle al honorable Quexos que ellos siempre ponían fin a sus propias obras con una boda y un banquete. Él no se daba por aludido. Era impermeable a sus chanzas y les decía que estaban estafando a sus espectadores al quitarles lo que él llamaba «la última gran procesión», que tenía lugar cuando, después de que las canciones de boda hubieran sido entonadas y los bailes bailados, los personajes se adentraban en la oscuridad, llevándose con

ellos su melancolía, y se encaminaban uno detrás de otro hacia el olvido.

Era una filosofía dura, pero afirmaba que era a la vez inmutable y universal, tan válida en el Quinto Dominio, llamado Tierra, como lo era en el Segundo.

Y, de forma más significativa, tan cierta en la vida como lo era en el arte.

Al ser un hombre de emociones contenidas, Charlie Estabrook tenía poca paciencia con el teatro. Era, en su franca y manifiesta opinión, un desperdicio de aliento: indulgencia, pamplinas y mentiras. Sin embargo, si algunos alumnos le hubieran recitado la Primera ley del drama según Quexos aquella fría noche de noviembre, hubiera asentido para luego decir: «las verdades dolorosas suelen ser las únicas verdaderas». Y esa era, precisamente, su experiencia. Tal y como afirmaba la ley de Quexos, su historia había comenzado con un trío: él mismo, John *Furia* Zacharias y, entre ellos, Judith. Aquella disposición no había durado mucho. Transcurridas pocas semanas desde la primera vez que viera a Judith, había conseguido sustituir a Zacharias en sus afectos y el tres se había convertido en un dichoso dos. Judith y él se habían casado y habían sido felices durante cinco años, hasta que, por razones que aún no comprendía, su felicidad se había venido abajo y el dos se había convertido en un uno.

Él era ese uno, por supuesto, y la noche lo había sorprendido sentado en la parte trasera de un coche en marcha que atravesaba las calles congeladas de Londres en busca de alguien que lo ayudara a terminar la historia. Tal vez no de la forma que a Quexos le hubiera gustado —el escenario no quedaría vacío del todo—, pero sí de una que aliviaría el dolor de Estabrook.

No estaba solo en su búsqueda. Esa noche tenía la compañía de un alma en la que no se podía confiar del to-

do: su conductor, guía y procurador, el ambiguo señor Chant. No obstante, a pesar de las muestras de empatía de Chant, este no era más que otro sirviente, satisfecho de servir a su patrón en tanto en cuanto recibiera puntualmente su paga. No comprendía la profundidad del dolor de Estabrook; era demasiado álgido, demasiado distante. Y Estabrook tampoco podía buscar ayuda en su linaje, a pesar de la longitud de su historia familiar. Si bien podía seguir la línea de sus ancestros hasta el reinado de Jacobo I, no había sido capaz de encontrar a un solo hombre en ese árbol de indecencias (ni siquiera en la más sangrienta de las raíces) que hubiera hecho, ya fuera por propia mano o por mediación de otros, lo que él, Estabrook, pensaba llevar a cabo esa noche: el asesinato de su esposa.

Cuando pensaba en ella (¿y cuándo no lo hacía?) se le secaba la boca y le sudaban las manos; suspiraba; se estremecía. Ahora ocupaba todos sus pensamientos, como un fugitivo procedente de un lugar más adecuado. Su piel no tenía imperfección alguna, siempre fría, siempre pálida; su cuerpo era largo, al igual que su cabello, como sus dedos, como su risa; y sus ojos... Dios, sus ojos tenían todas las tonalidades de las hojas a lo largo de las estaciones: los verdes gemelos de la primavera y mitad del verano; los dorados del otoño; y, cuando se enfurecía, el negro de la descomposición del pleno invierno.

Él era, por el contrario, un hombre corriente: no mal parecido, pero corriente. Había conseguido su fortuna con la venta de bañeras, bidés e inodoros, lo que había dejado poco espacio para la mística. De este modo, cuando posó por primera vez los ojos en Judith —ella estaba sentada tras un escritorio en la oficina de su contable, y su belleza resultaba realzada por el deprimente entorno—, su primer pensamiento fue: *quiero a esta mujer*; y el segundo: *ella no me querrá*. Sin embargo, Judith le hacía sentir un impulso básico que no había sentido con ninguna otra mujer. La cosa era bastante simple: sentía que ella le pertenecía; y si

ponía todo su empeño en conseguirlo, podría ganársela. Su cortejo comenzó el día que se conocieron, con la primera de muchas muestras de cariño entregadas sobre su escritorio. No obstante, pronto comprendió que semejantes chucherías y halagos no lo ayudarían en su propósito. Ella se lo agradeció con educación, pero le dijo que no podía aceptarlos. Obediente, dejó de mandarle obsequios y, en cambio, comenzó a realizar una investigación sistemática sobre sus circunstancias. Había muy poco que saber. Vivía de forma sencilla, y su pequeño círculo de amistades era algo bohemio. Sin embargo, entre ese círculo descubrió a un hombre cuyo reclamo sobre la mujer precedía al suyo propio; alguien a quien ella, al parecer, adoraba. Ese hombre era John *Furia* Zacharias, conocido por todos como «Cortés», y tenía una reputación como amante que habría hecho que Estabrook se retirara de la lucha de no haber sido por esa extraña premonición que lo invadía. Decidió ser paciente y aguardar su oportunidad. Ya llegaría.

Entretanto, contemplaba a su amada desde la distancia y se las arreglaba para encontrarse con ella accidentalmente de vez en cuando, al tiempo que investigaba el pasado de su antagonista. De nuevo, había poco que saber. Zacharias era un pintor de poca monta, cuando no estaba viviendo de alguna de sus amantes, y un afamado disoluto. Estabrook tuvo una prueba irrefutable sobre este particular cuando, por casualidad, conoció al tipo. Cortés era tan guapo como sugerían los rumores, pero parecía, en opinión de Charlie, un hombre que se acabara de levantar de la cama tras una enfermedad. Había algo tosco en él —su cuerpo exudaba su esencia, su rostro delataba una especie de hambre tras su simetría— que le daba un aspecto atormentado.

Tres o cuatro días después de ese primer encuentro, Charlie se enteró de que su amada se había separado de ese hombre en medio de un enorme dolor y de que necesitaba tiernos cuidados. Él se mostró presto a proporcionár-